

# De la brevedad de la vida

Séneca



FUNDACIÓN  
*Carlos Slim*

## **De la brevedad de la vida**

Séneca

Ensayo

Se reconocen los derechos morales de Séneca.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

[contacto@pruebat.org](mailto:contacto@pruebat.org)

## SOBRE LA BREVEDAD DE LA VIDA

La mayor parte de los mortales, Paulino, se queja de la malicia de la naturaleza, porque somos engendrados para un tiempo escaso, porque estos espacios de tiempo que nos da discurren tan velozmente, tan rápidamente, que, salvo muy pocos, a los demás la vida les deja plantados en los propios preparativos de su vida. Y por esta desgracia, en su opinión común, no sólo gimen la gente y el vulgo ignorante: este sentimiento ha provocado las quejas también de insignes varones. De ahí viene la proclama del mejor de los médicos: «La vida es corta, largo el conocimiento»; de ahí viene el pleito, muy poco apropiado en un hombre sabio, de Aristóteles, cuando presenta una reclamación contra la naturaleza: «Ha otorgado a los animales tanta vida que la alargan cinco o diez generaciones, para el hombre, engendrado para tan numerosas y notables cosas, mucho más próximo se halla el término». No tenemos escaso tiempo, sino que perdemos mucho. Nuestra vida es suficientemente larga y se nos ha dado en abundancia para la realización de las más altas empresas, si se invierte bien toda entera; pero en cuanto se disipa a través del lujo y la apatía, en cuanto no se dedica a nada bueno, cuando por fin nos reclama nuestro último trance nos percatamos de que ya ha transcurrido la vida que no comprendimos que corría. Así es: no recibimos una vida corta, sino que nos la hacemos, y no somos indigentes de ella, sino dilapidadores. Tal como los caudales vastos y dignos de un rey, en cuanto van a parar a un mal dueño, al instante se desvanecen y, en cambio, por más que sean modestos, si se ponen en manos de un buen administrador, crecen con su uso, así nuestra vida resulta muy extensa para quien se la organiza bien.

¿Por qué nos quejamos de la naturaleza? Ella se ha portado bondadosamente: la vida, con que sepas servirte de ella, resulta larga. <Pero> a uno lo domina la avaricia insaciable, a otro su oficiosa aplicación en inútiles empeños; uno se empapa de vino, otro se embota de indolencia; a uno lo agota su ambición siempre pendiente de las decisiones de los demás, a otro su arrebatado deseo de comerciar le lleva alrededor de todas las tierras, de todos los mares, con la esperanza de una ganancia; a algunos los atormenta su pasión por la guerra, sin dejar nunca de estar atentos a los peligros ajenos o angustiados por los suyos; los hay a quienes desgasta en una voluntaria esclavitud su veneración a sus superiores, en absoluto agradecida; a muchos les han mantenido ocupados sus pretensiones a la fortuna de otros o su preocupación por la propia; a los más, que no van

detrás de nada concreto, los ha lanzado a renovados proyectos su volubilidad errática, inconstante, disgustada consigo misma; a algunos no les gusta nada a dónde pudieran enderezar su rumbo, sino que su destino los sorprende languideciendo y bostezando, de manera que no dudo de que sea cierto lo que en el más grande de los poetas está dicho a modo de oráculo: «escasa es la porción de la vida que vivimos». De hecho, todo el trecho restante no es vida, sino tiempo. Los acosan y cercan por todas partes los vicios y no los dejan alzarse ni levantar los ojos para contemplar la verdad, sino que los retienen hundidos y fijos en su pasión. Nunca les es posible volver en sí. Si tal vez les toca por casualidad algún sosiego, como un mar profundo, en el que también después del vendaval hay agitación, se remecen y nunca tienen reposo de sus pasiones. ¿Piensas que hablo de esos cuyas desgracias están de manifiesto? Mira a aquellos a cuya prosperidad se arrima la gente: están ahogados por sus bienes. ¡Para cuántos resultan abrumadoras sus riquezas! ¡A cuántos ha chupado la sangre su elocuencia y la obligación diaria de ostentar su talento! ¡Cuántos andan demacrados por sus continuos placeres! ¡A cuántos no les deja ninguna libertad el hacinamiento de clientes que los asedia! En fin, repásalos todos desde los más bajos hasta los más altos: éste convoca, éste comparece, aquél está en un aprieto, aquél lo defiende, aquél lo juzga, ninguno se ocupa de sí mismo, cada uno se desgasta por el otro. Pregunta sobre esos cuyos nombres son bien sabidos, verás que se los reconoce por estas señales: aquél es servidor de aquél, éste de aquél; ninguno es su propio dueño. Además, la irritación de algunos es verdaderamente insensata: se quejan del desaire de sus superiores porque no han tenido tiempo para ellos cuando querían una audiencia. ¿Se atreve a quejarse de la altanería de otro uno que nunca tiene tiempo para sí mismo? Él, sin embargo, con un aire ciertamente impertinente, pero te ha mirado a veces, a ti, seas quien seas, él ha inclinado sus oídos a tus palabras, él te ha acogido a su lado: tú nunca te has dignado mirarte ni escucharte. Así pues, no tienes por qué hacer valer ante nadie esos buenos oficios, puesto que, cuando los llevabas a cabo, en realidad no querías estar con otro, sino que no podías estar contigo.

Aunque todos los talentos que en algún momento han brillado están de acuerdo en este solo punto, en ningún momento se admirarán bastante de esta ofuscación de la mente de los hombres. No consienten que nadie invada sus fincas y, si surge un pequeño conflicto sobre la dimensión de los terrenos, acuden corriendo a las piedras y a las armas: dejan que otros entren en su vida, es más, ellos mismos introducen incluso a sus futuros propietarios. No se encuentra nadie que quiera repartir su dinero: ¡entre cuántos distribuye cada

uno su vida! Son estrictos a la hora de conservar su patrimonio, en cuanto hay ocasión de malgastar el tiempo, prodigos por demás con lo único en lo que la avaricia resulta honorable. Así pues, es bueno coger aparte a alguno de la multitud de los más viejos: «Vemos que has llegado al extremo de una vida humana, cien o más años te agobian: venga pues, llama a tu vida para echar cuentas. Saca cuánto de ese tiempo se ha llevado tu acreedor, cuánto tu amiga, cuánto tu rey, cuánto tu cliente, cuánto las peleas con tu esposa, cuánto las reprimendas a tus esclavos, cuánto tus oficiosas caminatas por la ciudad; añade las enfermedades que cogemos por culpa nuestra, añade también el tiempo que ha pasado sin provecho: verás que tienes menos años de los que calculas. Haz memoria de cuándo te has mostrado firme contigo mismo en tus propósitos, de cuántos de tus días han terminado como tú habías previsto, de cuándo has tenido provecho de ti mismo, cuándo una expresión natural, cuándo un espíritu intrépido, qué obras tuyas quedan hechas en tan largo tiempo, cuántos te han robado la vida sin que tú te percataras de lo que perdías, cuánto se han llevado el dolor inútil, la alegría necia, la codicia ansiosa, la conversación huera, qué poco te han dejado de lo tuyo: comprenderás que mueres prematuramente». ¿Qué hay, entonces, en este caso? Que como si siempre fuerais a vivir vivís, nunca se os hace presente vuestra fragilidad, no observáis cuánto tiempo ha transcurrido ya; lo perdéis como si hubiera a rebosar y en abundancia, mientras que quizá precisamente ese día que consagráis a algo, bien una persona, bien una cosa, sea el último. Todo lo teméis como mortales, todo lo queréis como inmortales. Oirás que dicen los más: «A los cincuenta me refugiaré en el ocio, los sesenta me librará de mis obligaciones». Y, en definitiva, ¿qué garantías de una vida más larga recibes? ¿Quién dará su consentimiento para que eso salga como dispones tú? ¿No te da vergüenza reservar para ti los restos de tu vida y destinar a la beneficiosa reflexión solamente el tiempo que ya no puedes dedicar a cosa alguna? ¡Qué tarde es empezar a vivir precisamente cuando hay que dejarlo! ¡Qué olvido tan necio de la condición mortal, diferir hasta los cincuenta o los sesenta años los buenos propósitos y querer comenzar la vida desde un punto adonde pocos la han prolongado!

A los más poderosos y encumbrados en lo alto verás que se les escapan palabras según las cuales optan por el ocio, lo alaban, lo prefieren a todos sus bienes. Desean en esos momentos, si es posible sin riesgo, bajar de su pedestal; en efecto, aunque nada la dañe o golpee desde fuera, la prosperidad se derrumba sobre sí misma.

El divino Augusto, a quien los dioses respaldaron más que a ninguno, no dejó de pedir para él reposo y de pretender un descanso de la política; cualquier conversación suya siempre recaía en que esperaba el ocio; distraía sus afanes con este consuelo, dulce, aunque falso: alguna vez él iba a vivir para él. En una carta enviada al Senado, después de asegurar que su reposo no iba a estar exento de dignidad ni en contradicción con su anterior gloria, he encontrado estas palabras: «Pero eso se puede con más gusto hacer que prometer. A mí, sin embargo, el deseo de un tiempo tan ansiado por mí me ha llevado, puesto que la alegría de la realización se demora aún, a anticipar algún placer con el encanto de las palabras». El ocio le pareció un asunto de tanta importancia que, como no podía en la práctica, se lo tomaba por adelantado con el pensamiento. Él, que todo lo veía pendiente sólo de él, que determinaba la suerte de hombres y naciones, soñaba lleno de alegría el día en que se despojaría de su grandeza. Había comprobado cuánto sudor le costaban aquellos bienes que resplandecían por todas las tierras, cuántas preocupaciones veladas ocultaban: obligado a entablar combate contra sus conciudadanos primero, después contra sus colegas, finalmente contra sus parientes, derramó sangre por tierra y por mar. Llevado por la guerra a través de Macedonia, Sicilia, Egipto, Siria y Asia, y prácticamente todas las costas, dirigió sus ejércitos, hastiados de matanzas de romanos, a las guerras exteriores. Mientras pacifica los Alpes y reduce a los enemigos que habían irrumpido en medio de la paz y del imperio, mientras traslada las fronteras más allá del Rin y del Éufrates y del Danubio, en la propia Ciudad se afilaban contra él los puñales de Murena, de Cepión, de Lépido, de Egnacio, de otros. Aún no había escapado a sus acechanzas, y su hija y tantos jóvenes nobles atados por el adulterio como por un juramento aterrorizaban su edad ya quebrantada, y Julio y de nuevo una mujer que se hacía temible al lado de un Antonio. Estas llagas las había extirpado junto con los miembros mismos: renacían otras; como un cuerpo sobrecargado de sangre, a cada momento reventaba por alguna parte. Así pues, ansiaba el ocio, con la esperanza y el pensamiento de él se aliviaban sus afanes; éste era el anhelo de quien podía hacer que todos vieran realizados sus anhelos.

Marco Cicerón, zarandeado entre los Catilinas y los Clodios, los Pompeyos y los Crasos, de una parte, enemigos manifiestos, de otra parte, amigos dudosos, mientras sufre el oleaje a la par que la República y la sujetaba cuando ya se iba a pique, viéndose al final arrastrado, ni sosegado en la prosperidad ni paciente con la adversidad, ¡cuántas veces maldice de aquel consulado suyo, alabado no sin motivo, pero sí sin moderación! ¡Qué lastimeras palabras profiere en una carta a Ático, cuando ya había sido derrotado Pompeyo, el

padre, y su hijo aún rehacía en Hispania su quebrantado ejército! «¿Me preguntas —dice— qué hago aquí? Me estoy en mi finca de Túsculo, a medias libre.» Añade después otras expresiones en las que deplora el tiempo pasado y se queja del presente y desconfía del futuro. «A medias libre» se llamó Cicerón: pero, por Hércules, nunca un sabio se rebajará hasta tan humillante calificativo, nunca será a medias libre, sino de una libertad siempre completa y sólida, suelto y dueño de sus actos y superior a los demás. ¿Qué, pues, puede estar por encima del que está por encima de la suerte?

Livio Druso, hombre impetuoso y violento, después de que había promovido nuevas leyes y el desastre de los Gracos, apoyado por un enorme gentío de Italia entera, al no ver claramente salida para una situación que ni le era posible dominar ni ya era libre de abandonar una vez puesta en marcha, maldiciendo de su vida inquieta desde el comienzo, se dice que dijo que sólo a él no le habían correspondido nunca, ni siquiera de niño, unas vacaciones. Pues se atrevió, aún bajo tutela y vestido con la pretexts, a recomendar reos a los jueces y a interponer su influencia en el foro, con tanta eficacia, de hecho, que consta que algunos juicios fueron escamoteados por él. ¿Adónde no iba a lanzarse una ambición tan prematura? Podías advertir que un atrevimiento tan precoz vendría a parar en un enorme desastre tanto particular como público. Así pues, tarde se quejaba de que no le hubieran correspondido vacaciones, levantino como fue desde niño y oneroso para el foro. Se discute si él mismo atentó contra su propia vida; pues se desplomó de repente al recibir una herida en la ingle, pudiendo alguien dudar de que su muerte fuera voluntaria, nadie de que fuera oportuna. Está de más recordar a los muchos que, aun cuando a los demás les parecían los más dichosos, dieron un auténtico testimonio contra sí mismos, abominando de toda la actividad de sus años; pero con esta quejas ni cambiaron a los demás ni a sí mismos; en efecto, una vez que han estallado en palabras, los sentimientos recaen en sus costumbres.

Vuestra vida, por Hércules, pese a que se prolongue más de mil años, se reducirá a unos estrechísimos límites: esos vicios no dejarán ningún siglo sin engullir. Mas este espacio que, por más que la naturaleza lo cruza corriendo, la razón ensancha, es inevitable que se os escape rápidamente; pues no lo cogéis ni lo retenéis ni ponéis freno a la cosa más fugaz de todas, sino que dejáis que se esfume como una cosa superflua y subsanable.

Ahora bien, en primer lugaruento a los que no tienen tiempo para nada más que para el vino y la lascivia; pues nadie está más vergonzosamente ocupado. Los demás, aunque se dejan cautivar por una imagen vana de la

gloria, se extravían sin embargo con cierta dignidad; aunque me enumeres a los avaros, a los iracundos y a quienes ponen en práctica odios o guerras injustos, todos étos obran mal con más hombría: la deshonra de quienes se dan al vientre y a la lascivia es infame. Registra todos sus momentos, fíjate en cuánto tiempo pierden haciendo cálculos, cuánto tiempo urdiendo engaños, cuánto tiempo sintiendo miedo, cuánto tiempo cortejando, cuánto tiempo siendo cortejados, qué cantidad les roban los pleitos suyos y ajenos, qué cantidad los convites, que son ya una auténtica obligación: verás cómo no los dejan respirar, ya sean sus males, ya sean sus bienes.

En fin, todo el mundo está de acuerdo en que un hombre obsesionado no puede ejercer ningún oficio, ni la elocuencia ni las profesiones liberales, ya que su espíritu distraído no deja recalcar nada en su fondo, sino que todo lo vomita como si se lo hubieran embutido a la fuerza. Nada es menos propio de un hombre obsesionado que el vivir: de ninguna otra cosa es más difícil el aprendizaje. Los cultivadores de otras ciencias se hallan por todas partes y en gran número, pero en algunas de ellas personas muy jóvenes parecen haberse instruido tan bien que podrían instruir sobre ellas: a vivir hay que aprender durante toda la vida y, cosa que quizá te extrañe más, durante toda la vida hay que aprender a morir. Tantos grandísimos hombres, abandonando toda impedimenta, una vez que habían renunciado a las riquezas, a los cargos, a los placeres, hasta sus últimos instantes sólo hicieron esto: ir sabiendo vivir; los más de ellos, sin embargo, se marcharon de la vida tras reconocer que aún no sabían: cuánto menos sabrán étos. Créeme, es propio del hombre eminentemente que está por encima de los extravíos humanos no dejar que le quiten nada de su tiempo, y su vida resulta larguísima precisamente porque todo cuanto se ha prolongado ha quedado enteramente libre para él. Ningún momento ha quedado inactivo y ocioso, ninguno ha estado cedido a otra persona, pues tampoco ha hallado nada digno de intercambiar por su tiempo, como que es de él celosísimo administrador. Así pues, para él fue suficiente: en cambio, es inevitable que les falte a aquellos de cuya vida la gente se ha llevado mucha parte. Y no tienes por qué pensar que ellos no advierten a veces su pérdida: por descontado que oirás a los más de esos a quienes una gran prosperidad abruma, exclamar ante tropeles de clientes o demandas judiciales u otras honestas tribulaciones de cuando en cuando: «Me resulta imposible vivir». ¿Cómo no te va a resultar imposible? Todos los que te reclaman para ellos te sustraen a ti mismo. Aquel acusado ¿cuántos días se te llevó? ¿Cuántos, aquel candidato? ¿Cuántos, aquella anciana cansada de enterrar herederos? ¿Cuántos, aquel enfermo, imaginario a fin de azuzar la codicia de los que

acechan su herencia? ¿Cuánto, aquel amigo más poderoso, que os retiene no por amistad sino por ostentación? Comprueba, te digo, y recuenta los días de tu vida: verás que en tu haber restan bien pocos y de rechazo. El que ha conseguido los haces que anhelaba desea dejarlos y continuamente dice: «¿Cuándo pasará este año?». Aquél organiza unos juegos, cuyo encargo tuvo en mucho que le tocara a él: «¿Cuándo —dice— me libraré de esto?». A aquel abogado se lo disputan por todo el foro, y colma con una gran concurrencia cualquier lugar, más allá de donde pueden oírlo: «¿Cuándo —dice— se suspenderán los procesos?». Todo el mundo acelera su vida y se esfuerza por su ansia del futuro, por su hastío del presente. Por el contrario, el que no deja ningún momento sin dedicarlo a sus intereses, el que organiza todos sus días como si fueran el último, ni ansía el mañana ni lo teme. ¿Qué placer nuevo puede ya reportarle una hora? Todo le es conocido, todo experimentado hasta la saciedad. De lo demás, que la suerte disponga como quiera: su vida está ya a salvo. Se le puede añadir algo, quitarle nada, y añadírselo tal como a un hombre ya ahítio y lleno algo de comida que tampoco desea y lo toma. Conque no tienes por qué pensar, a la vista de canas y arrugas, que uno ha vivido mucho tiempo: no ha vivido ése mucho tiempo, sino que ha existido mucho tiempo. ¿Qué, pues, si pensaras que ha navegado mucho aquel a quien una furiosa tempestad, cogiéndolo fuera del puerto, ha arrastrado de acá para allá y ha llevado en círculo por las mismas zonas gracias a las alternancias de los vientos desencadenados desde todas direcciones? Ése no ha navegado mucho, sino que ha sido zarandeado mucho.

Suelo extrañarme cuando veo a algunos pidiendo tiempo, y muy bien dispuestos a quienes se lo solicitan; los unos y los otros contemplan aquello por lo que se ha pedido el tiempo, ni unos ni otros, de hecho, el tiempo en sí: como si no pidieran nada, como si no dieran nada. Juegan con la más valiosa de todas las cosas; es que los engaña porque es cosa inmaterial, porque no salta a la vista, y por eso lo tasan muy barato, es más, su valor es prácticamente nulo. Los hombres reciben sus anualidades y congiarios con agradocimiento y por ellos alquilan su trabajo o su esfuerzo o su celo: nadie valora el tiempo; lo emplean sin restricciones, como si fuera gratuito. Pero a ésos mismos los verás, si está muy próximo el peligro de muerte, abrazándose a las rodillas de los médicos, si temen una pena de muerte, dispuestos a desembolsar todos sus bienes para vivir: tan grande es en ellos la contradicción de sus sentimientos. Y si se pudiera, del mismo modo que los años pasados de cada cual, ponerles a la vista el número de los futuros, ¡cómo temblarían los que vieran que les quedaban pocos, cómo los

economizarían! Pues bien, es fácil administrar lo que es fijo, por más que sea escaso; se debe conservar con más esmero lo que no sabes cuándo faltará. Sin embargo, no tienes por qué pensar que ellos ignoran hasta qué punto es una cosa cara: suelen decir a los que aprecian en extremo que ellos están dispuestos a darles una parte de sus años. La dan y no saben qué hacen; en cambio, la dan de tal modo que se la quitan a sí mismos sin beneficio de los otros. Pero precisamente esto, que se la quitan, no lo advierten; por eso les resulta tolerable la pérdida de algo cuya merma es invisible. Nadie te restituirá tus años, nadie te devolverá de nuevo a ti mismo. La vida irá por donde empezó y no invertirá ni detendrá su marcha; en absoluto hará alboroto, en absoluto nos advertirá de su velocidad: se deslizará queda. No por mandato de un rey ni por favoritismo a un pueblo se prolongará: tal como desde el primer día se puso en marcha correrá, jamás se desviará, jamás se entretendrá. ¿Qué va a pasar? Que tú estás distraído, la vida se apresura; entre tanto, se presentará la muerte, para la que, quieras o no quieras, hay que tener tiempo.

¿Se puede mencionar nada más insensato que <la decisión> de esos hombres que alardean de su prudencia? Están afanosamente atareados para poder vivir mejor, a expensas de la vida construyen su vida. Organizan sus planes para un lejano futuro; ahora bien, la mayor pérdida de vida es la dilación: elimina el día actual, escamotea el presente mientras promete lo por venir. El obstáculo mayor para vivir es la espera, que depende del día de mañana, desperdicia el de hoy. Dispones de lo que está puesto en manos de la suerte, desechas lo que está en las tuyas. ¿Adónde miras? ¿Adónde te alargas? Todo lo que ha de venir está en entredicho: vive al día. Así clama el mayor de los vates y, como inspirado por una boca divina, canta un canto saludable:

Todos los días mejores de vida a los míseros hombres huyen primero.

«¿Por qué vacilas? —dice—, ¿por qué te paras? Si no lo agarras, te huye.» Y aun cuando lo agarres, te huirá; así pues, contra la fugacidad del tiempo hay que competir con la celeridad en emplearlo, y hay que sorberlo como de un torrente rápido y que no va a correr siempre. También va perfectamente a la hora de criticar la interminable vacilación el hecho de que no dice la mejor «época», sino los mejores «días». ¿Por qué, tranquilo y calmoso en medio de tan precipitada fuga del tiempo, te prometes meses y años en larga sucesión, según le parezca a tu avidez? Te está hablando de unos días y precisamente

de cómo huyen. ¿Es entonces dudoso que todos los mejores días huyen a los hombres míseros, esto es, atareados? Sus espíritus todavía infantiles los toma por sorpresa la vejez, a la que llegan desprevenidos y desarmados. Pues no han previsto nada: de repente han caído en ella sin barruntársela, no notaban que se iba acercando cada día. Del mismo modo que bien una conversación, bien una lectura, bien una reconcentrada meditación entretienen a los que están de viaje, y antes se enteran de que han llegado que de que se acercaban, así este viaje de la vida, permanente y aceleradísimo, que despiertos o durmiendo hacemos al mismo paso, a los atareados no se les hace evidente más que a su término.

Si me propongo separar por partes y sus argumentos lo que he planteado, se me ocurren muchos con los que demostrar que la vida de los atareados es la más corta. Solía decir Fabiano, no uno de esos filósofos profesionales, sino de los verdaderos y a la antigua, que contra los sentimientos hay que luchar con arrojo, no con sutilezas, y hay que ahuyentar sus líneas no con golpes insignificantes, sino con una carga; que <los vicios>, pues, deben ser triturados, no pellizcados. Sin embargo, para censurarles a aquéllos su extravío, hay que enseñarles, no sólo entristerse por ellos.

En tres etapas se divide la vida: la que ha sido, la que es, la que va a ser. De ellas, la que estamos pasando es breve, la que vamos a pasar, incierta, la que hemos pasado, segura; ésta es, pues, en la que la suerte ha perdido sus derechos, la que no se puede sujetar de nuevo al capricho de nadie. Ésta la pierden los atareados; pues no tienen tiempo de mirar el pasado, y si tienen, les es desagradable el recuerdo de cosas de las que se arrepienten. Así pues, mal de su grado hacen retroceder su espíritu hasta el tiempo perdido de mala manera, y no se atreven a recordar aquel cuyos defectos, incluso los que se infiltraban gracias al atractivo del placer momentáneo, al revisarlos se hacen patentes. Nadie sino quien todo lo ha hecho bajo su propio criterio, que nunca se equivoca, se remonta de buena gana al pasado; el que ha deseado ambiciosamente muchas cosas, el que las ha menospreciado orgullosamente, el que ha triunfado despóticamente, el que ha engañado pérfidamente, el que ha arramblado avariciosa mente, el que ha derrochado pródigamente, es natural que tema sus recuerdos. Pues bien, ésta es la porción de nuestro tiempo inviolable y sagrada, que ha superado todos los infortunios humanos, que se ha sustraído al imperio de la suerte, a la que ni la escasez ni el miedo ni las molestias de las enfermedades alteran; ésta no puede verse turbada ni arrebatada: su posesión es perpetua y libre de temores. Tan sólo uno a uno se hacen presentes los días, y aún a trechos; por el contrario, todos los del

tiempo pasado, cuando se lo ordenes, acudirán, consentirán ser examinados y retenidos a tu voluntad, cosa que los atareados no tienen tiempo de hacer. Propio de una mente tranquila y sosegada es desplazarse por todas las etapas de su vida: los espíritus de los atareados, como si estuvieran bajo un yugo, no pueden girarse y mirar atrás. Cae, por tanto, tu vida en un pozo sin fondo y, así como por más que eches cuanto quieras, no sirve de nada si no hay debajo algo que lo sostenga y conserve, igualmente no importa nada cuánto tiempo se concede, si no tiene donde sustentarse, se filtra a través de los espíritus resquebrajados y agujereados. El presente es un tiempo cortísimo, hasta el punto de que realmente a algunos les parece inexistente; pues siempre está en marcha, fluye y se precipita; deja de existir antes de llegar y no admite más demora que el universo y los astros, cuyo movimiento siempre incesante nunca se mantiene en el mismo sitio. Sólo a los atareados, por tanto, concierne el tiempo presente, que es tan fugaz que no se puede coger, y también ése a ellos, al estar ocupados en muchos quehaceres, se les sustrae.

¿Quieres saber, en fin, hasta qué punto no viven mucho? Mira hasta qué punto desean vivir mucho. Ya ancianos decrepitos, mendigan con sus ofrendas la prórroga de unos pocos años; fingen a su vez tener menos edad; se halagan con este embuste y se mienten tan a gusto como si al mismo tiempo engañaran a los hados. Mas cuando ya algún achaque les recuerda su condición mortal, ¡de qué modo mueren aterrorizados, no como si salieran de la vida, sino como si fueran sacados! A gritos proclaman que han sido unos estúpidos ellos, pues no han vivido, y que, en caso de librarse de esa indisposición, van a vivir en el ocio; entonces piensan cómo se han procurado inútilmente cosas de las que no disfrutaban, cómo todo su trabajo ha sido en vano. Por el contrario, a aquellos cuya vida se desarrolla lejos de toda ocupación, ¿cómo no va a resultarles extensa? De ella nada se les merma, nada se disemina por aquí y por allá, nada de ahí se entrega a la suerte, nada se pierde por negligencia, nada se menoscaba por prodigalidad, nada es superfluo: toda ella, por así decir, está puesta a interés. Así pues, por poca que sea, es de sobra suficiente y por eso, en el momento en que llegue su día final, el sabio no vacilará en ir a la muerte con paso firme.

¿Te preguntas quizás a quiénes llamo atareados? No tienes por qué pensar que sólo se lo digo a quienes los perros, azuzados finalmente contra ellos, expulsan de la basílica, a quienes ves ahogarse con todos los honores en su propio ajetreo o con todos los deseires en el ajeno, a quienes sus deberes sacan de sus casas para estrellarlos contra las puertas ajenas, a

quienes la lanza del pretor no deja descansar por mor de una ganancia infame y que algún día va a reventar como un abceso. El ocio de algunos es atareado: en su villa o en su lecho, en medio de la soledad, a pesar de que se hayan apartado de todos, resultan fastidiosos para sí mismos; su vida no hay que denominarla ociosa, sino ocupación desidiosa. ¿Llamas tú ocioso a quien clasifica con ansiosa precisión sus vasos de Corinto, valiosos por la manía de unos cuantos, y consume la mayor parte de sus días en unos metales herrumbrosos? ¿A quien se sienta en la ceroma (¡Qué abominación, en efecto, ya ni padecemos vicios romanos!), aficionado a los jóvenes luchadores? ¿A quien separa los rebaños de los suyos, ya untados, por parejas de edad y color? ¿A quien mantiene a los atletas bisoños? ¿Qué? ¿Llamas ociosos a quienes pasan muchas horas con el barbero, mientras les rasuran lo que ha crecido quizá la noche antes, mientras celebran consulta sobre cada uno de los pelos, mientras les arreglan la cabellera despeinada o les echan hacia la frente desde ambos lados la que está desapareciendo? ¡Cómo se irritan si el barbero ha sido un tanto torpe, como si barbeara a un hombre! ¡Cómo se encienden si les han recortado un pelo de su cabellera, si alguno ha quedado fuera de su sitio, si todos no han caído en su rizo correspondiente! ¿Quién hay de esos que no prefiera que se descomponga el Estado antes que sus cabellos? ¿Que no esté más preocupado del arreglo de su cabeza que de su salud? ¿Que no prefiera ser más elegante antes que más honrado? ¿Ociosos llamas tú a éstos, ocupados entre peines y espejos? ¿Qué hay de aquellos <que> se han empeñado en componer, escuchar, aprender canciones, mientras su voz, cuya correcta emisión la naturaleza hizo excelente y sencillísima, la retuercen con los altibajos de una melodía inadecuada, aquellos cuyos dedos suenan siempre mientras miden para su coleto algún poema, aquellos que, cuando están dedicados a tareas serias, incluso a menudo tristes, dejan oír el tarareo de una melodía? Ésos no tienen ocio, sinonegocios inútiles. Por Hércules, yo no pondría sus banquetes entre sus ratos libres, cuando veo cuán cuidadosos disponen la plata, qué esmeradamente ciñen las túnicas de sus esclavos de placer, qué pendientes están de cómo sale el jabalí de manos del cocinero, con qué rapidez, al darse la señal, corren los esclavos imberbes a sus menesteres, con cuánto arte se trinchan las aves en trozos nada irregulares, qué aplicadamente limpian los desdichados muchachitos las babas de los borrachos. Con esto se ganan fama de elegancia y magnificencia, y hasta tal punto en todos los avatares de su vida los persiguen sus males, que ni beben ni comen si no es por interés. Tampoco contaría yo entre los ociosos a los que se trasladan en silla o en litera de acá para allá y se presentan a las horas de sus paseos como si no les

fuerá posible faltar a ellos, a quienes otro ha de recordar cuándo deben lavarse, cuándo nadar, cuándo cenar; hasta tal punto se deshacen en la excesiva lasitud de su espíritu refinado, que no pueden saber por sí mismos si tienen hambre. Me cuentan que uno de esos refinados (si es que hay que llamar refinamiento a desaprender la vida y la conducta propias de un hombre), colocado en la silla, preguntó: «¿Ya estoy sentado?». ¿Piensas tú que éste, que ignora si está sentado, sabe si vive, si ve, si está ocioso? No sabría decir claramente qué me da más lástima, que lo ignorara o que fingiera ignorarlo. Sufren, de hecho, el olvido de muchas cosas, pero también simulan el de muchas. Ciertos vicios los complacen como si fueran pruebas de su felicidad: parece de hombre demasiado plebeyo y menospreciable saber qué haces. ¡Ahora ve y mantén que los mimos se inventan muchas cosas para criticar nuestro desenfreno! Por Hércules, pasan por alto más cosas de las que se inventan, y la enorme abundancia de vicios increíbles en esta época sólo para esto imaginativa ha llegado al extremo de que ya podemos denunciar la negligencia de los mimos. ¡Que haya alguien que con los refinamientos se haya echado a perder hasta el punto de fiar en otro si está sentado! Luego éste no es un ocioso, podrías darle otro nombre: es un enfermo, más aún, es un muerto; es un ocioso aquel que de su ocio tiene también la sensación. Mas este vivo a medias, a quien hace falta un testigo para distinguir las posiciones de su propio cuerpo, ¿cómo puede éste ser dueño de ningún tiempo?

Es prolíjo repasar uno por uno aquellos cuya vida han consumido los bandidos o la pelota o el cuidado de cocer su cuerpo al sol. No son ociosos aquellos cuyos placeres tienen mucho de negocio. En efecto, nadie dudará de que no hacen algo laboriosamente los que se entretienen en el estudio de erudiciones inservibles, de los que ya hay entre los romanos una tremenda tropa. Fue propia de los griegos esa obsesión por indagar qué cantidad de remeros había tenido Ulises, si había sido escrita antes la Ilíada o la Odisea, además de si eran de un mismo autor, y una serie de otros detalles de esta clase, que, si te los reservas, en nada ayudan a tu conocimiento callado, si los publicas, no pareces más sabio, sino más pesado. He aquí que también a los romanos los ha invadido la vana afición por aprender cosas innecesarias. Hace pocos días oí a uno que contaba qué había sido el primero en hacer cada uno de los generales romanos: Duilio fue el primero que venció en un combate naval, Curio Dentato fue el primero que llevó elefantes en un triunfo. Y aún esas anécdotas, pese a que no apuntan a la auténtica gloria, versan cuando menos sobre ejemplos de actuaciones cívicas; no va a ser útil una tal ciencia, pero es capaz de entretenernos con la atrayente banalidad de los pormenores. Dejemos también en manos de los curiosos la cuestión de quién

fue el primero que convenció a los romanos de que subieran a un barco (ése fue Claudio, por eso mismo apodado Cáudex, porque un ensamblaje de muchas tablas entre los antiguos se llamaba caudex, de donde se denominan codices las tablas públicas, y aún hoy en día, conforme a una antigua tradición, los barcos que transportan provisiones por el Tíber se llaman codicariae); que venga también en buena hora al caso el hecho de que Valerio Corvino fue el primero que conquistó Mesina y el primero de la familia de los Valerios que fue apodado Mesana, al adoptar el nombre de la ciudad conquistada, y, como la gente fue cambiando paulatinamente las letras, le dijeron Mesala: ¿no vas a permitir también a alguien atender al hecho de que Lucio Sila fue el primero que ofreció en el circo leones sueltos, cuando hasta entonces se ofrecían atados, una vez que el rey Boco había enviado unos arqueros para abatirlos? Dejémosle en buena hora también esto: ¿no tiene algún interés positivo también que Pompeyo fuera el primero que presentó en el circo la pelea de dieciocho elefantes, enfrentándoles, como en batalla, unos hombres inocentes? El personaje principal de la ciudad, y entre los personajes antiguos, según cuenta la fama, de una bondad extraordinaria, consideró un glorioso género de espectáculo aniquilar a unos hombres con métodos nuevos. ¿Combaten a muerte? Es insuficiente. ¿Se hieren? Es insuficiente: que se dejen triturar por la enorme mole de unos animales. Era preferible que hechos así cayeran en el olvido, para que nadie poderoso los aprendiera luego y tuviera envidia de una actuación bien poco humana. ¡Ay, cuánta niebla arroja sobre nuestras mentes una gran prosperidad! Él creyó entonces estar por encima de la naturaleza, cuando arrojaba tantos montones de hombres infelices a unas bestias nacidas bajo otro cielo, cuando provocaba una guerra entre unos animales tan desiguales, cuando derramaba abundante sangre a la vista del pueblo romano él, que pronto iba a hacerle derramar más. Pero ese mismo, engañado luego por la deslealtad alejandrina, se ofreció para ser traspasado por el último de los sirvientes, con lo que al fin comprendió la absurda arrogancia de su apodo.

Pero, por volver al propósito del que me he alejado y mostrar el inútil celo de algunos en idénticas cuestiones, el mismo de antes contaba que Metelo, al celebrar su triunfo por haber derrotado a los cartagineses en Sicilia, fue el único de todos los romanos que llevó delante de su carro ciento veinte elefantes capturados; que Sila fue el último de los romanos que amplió el pomerio, cuya ampliación era costumbre entre los antiguos nunca por haberse anexionado territorio provincial, sino itálico. ¿Saber esto es más útil que saber que el Monte Aventino está fuera del pomerio, según afirmaba él, por una de dos razones, o porque la plebe se había retirado allí, o porque,

estando en ese lugar Remo tomando los auspicios, las aves no le aparecieron favorables, y una serie de cosas incontables que o son falsas o semejantes a las mentiras? En efecto, aunque concedas que todo lo dicen de buena fe, aunque lo pongan por escrito para corroborarlo, ¿de quién atenuarán los extravíos esos detalles? ¿De quién reprimirán las ambiciones? ¿A quién harán más esforzado, a quién más justo, a quién más generoso? Nuestro Fabiano decía que a veces dudaba de si era preferible no dejarse llevar por ningún afán de conocimientos antes que dejarse enredar en éstos.

Son hombres ociosos sólo quienes están libres para la sabiduría, sólo ellos están vivos; pues no conservan tan sólo su vida: cualquier tiempo lo añaden al suyo; todos los años que se han desarrollado antes que ellos, están adquiridos para ellos. Si no somos de lo más desagradecido, reconoceremos que los esclarecidos fundadores de venerables doctrinas nacieron para nosotros, organizaron su vida para nosotros. Gracias al trabajo de otros nos vemos conducidos a los hechos más hermosos sacados de las tinieblas a la luz; ninguna época nos está vedada, en todas somos admitidos, y si por nuestra grandeza de espíritu nos complace rebasar las estrecheces de las insuficiencias humanas, tenemos mucho tiempo por donde extendernos. Nos es posible debatir con Sócrates, dudar con Carnéades, con Epicuro sosegarnos, vencer con los estoicos la naturaleza del hombre, sobrepasarla con los cínicos. Ya que la naturaleza nos permite extendernos para participar en cualquier época, ¿cómo no entregarnos de todo corazón, saliendo de este tránsito temporal exiguo y caduco, a las cosas que son ilimitadas, eternas, comunes con los mejores? Esos que corretean de un cumplido a otro, que se incordian a sí mismos y a los demás, cuando ya se han vuelto bien locos, cuando han recorrido cada día los umbrales de todo el mundo y no han pasado por alto ninguna puerta abierta, cuando han hecho circular por las casas más diversas sus saludos interesados, ¿qué proporción de personas en una ciudad tan inmensa y dividida por múltiples pasiones podrán visitar? ¡Cuántos serán aquellos cuyo sueño o molicie o descortesía les niegue el paso! ¡Cuántos los que, después de hacerles sufrir largo rato, les darán de lado con una urgencia fingida! ¡Cuántos evitarán salir por el atrio atestado de clientes y escaparán por pasadizos de la casa secretos, como si engañar no fuera más descortés que rechazar! ¡Cuántos, medio dormidos y abotargados por la borrachera de la noche pasada, mientras aquellos infelices interrumpen su propio sueño para velar el ajeno, repetirán con un bostezo descarado el nombre que les han susurrado mil veces entreabriendo apenas los labios! Piensa que se ocupan en unas auténticas obligaciones quienes cada día quieren ser más íntimos de Zenón, de Pitágoras y de Demócrito y los demás

maestros de los buenos conocimientos, de Aristóteles y Teofrasto. Ninguno de éstos dejará de estar libre, ninguno a quien a él acuda dejará de despedirlo más feliz, más satisfecho de sí mismo, ninguno consentirá que nadie se vaya de su lado con las manos vacías; de noche, durante el día, pueden ser visitados por todos los mortales.

Ninguno de éstos te inducirá a morir, todos te enseñarán, ninguno de éstos agotará tus años, te agregará los tuyos; entre éstos con ninguno la conversación te será peligrosa, con ninguno la amistad funesta, con ninguno la relación onerosa. Lograrás de ellos todo lo que quieras; por ellos no será que no tomes todo lo más que puedas coger. ¡Qué dicha, qué hermosa vejez aguarda al que se ha incluido en la clientela de éstos! Tendrá con quiénes deliberar sobre las cuestiones más fútiles y las más fundamentales, a quiénes consultar cada día sobre sí mismo, por quiénes oír la verdad sin ofensa, ser elogiado sin adulación, a cuya semejanza hacerse. Solemos decir que no estuvo en nuestra mano qué padres nos tocaban en suerte, que nos fueron dados al azar: mas nos es posible nacer para nosotros a nuestro albedrío. Hay familias de ingenios esclarecidos: elige en cuál quieras ser acogido; serás adoptado no sólo para el nombre, sino también para los bienes mismos, que no habrás de guardar con avaricia y mezquindad: más grandes se harán a medida que los compartas con más gente. Ellos te facilitarán el camino hacia la eternidad y te alzarán hasta una posición de la que nadie puede ser desalojado. Éste es el único sistema para prolongar la mortalidad, más aún, para transformarla en inmortalidad. Los cargos, los monumentos, todo lo que la ambición ha impuesto con sus decretos o ha construido con sus obras, rápidamente se derrumba, nada deja de derribar y remover una prolongada vejez; por el contrario, no puede causar daño a las cosas que ha inmortalizado la sabiduría; ninguna edad las borrará, ninguna las menguará; la siguiente y la que siempre vendrá luego contribuirán en algo a la veneración, puesto que, por descontado, la envidia se encuentra en las proximidades, con más sinceridad admiramos lo situado en la lejanía. La vida del sabio, entonces, es muy extensa, no lo ciñen los mismos límites que a los demás: sólo él se libera de las leyes del género humano, todos los siglos están a su servicio como al de un dios. Ha transcurrido un tiempo, lo capta con el recuerdo; está encima, lo emplea; va a llegar, lo anticipa. Le alarga la vida la reunión de todos los tiempos en uno solo.

Breve y angustiada por demás es la vida de los que se olvidan de las cosas pasadas, descuidan las presentes y sienten temor por las futuras: cuando han llegado a las últimas, tarde comprenden, infelices, que han estado atareados

todo ese tiempo en no hacer nada. No tienes por qué pensar que se demuestra que tienen una vida larga con el argumento de que a veces invocan la muerte: los inquieta su insensatez con sentimientos indecisos que incurren incluso en aquello que les da miedo; desean a menudo la muerte precisamente porque la temen. Tampoco tienes por qué pensar que es un argumento a favor de que viven mucho tiempo el hecho de que a menudo el día les parece largo, de que, mientras llega el momento fijado para la cena, se quejan de que las horas pasan despacio; en efecto, si alguna vez los dejan libres sus ocupaciones, abandonados en el ocio se desazonan y no saben cómo organizarlo o pasarlo. Así pues, se lanzan a un quehacer cualquiera y todo el intervalo que media les resulta pesado, igual, por Hércules, que, cuando se ha publicado la fecha de un combate de gladiadores o cuando esperan la fijada para algún otro espectáculo o entretenimiento, quieren saltarse los días intermedios. Cualquier plazo para lo que aguardan les resulta largo. Con todo, el instante que anhelan es breve, y precipitado e incluso más breve por su culpa; pues pasan de una intención a otra y no pueden concentrarse en un solo deseo. No son para ellos largos los días, sino odiosos; pero, por el contrario, ¡qué cortas les parecen las noches que pasan en brazos de las prostitutas o en compañía del vino! De ahí también el delirio de los poetas, que con sus fantasías fomentan los extravíos humanos, a quienes les pareció que Júpiter, por los placeres del coito cautivado, duplicó una noche: ¿qué otra cosa sino inflamar nuestros vicios es asignarles a los dioses como promotores suyos y dar a la pasión enfermiza una licencia justificada por el ejemplo de la divinidad? ¿Pueden no parecer cortísimas las noches a esos que las compran tan caras? El día lo pierden por esperar la noche, la noche por temer el alba.

Sus placeres mismos son intranquilos y agitados por múltiples zozobras, y, cuando están en pleno transporte, los sobrecoge un angustioso pensamiento: «¿Esto, hasta cuándo?». Por este sentimiento los reyes han llorado su poder y no los ha complacido la magnitud de su prosperidad, sino que los ha aterrorizado el final que en algún momento ha de llegar. En una ocasión en que el arrogantísimo rey de los persas desplegaba su ejército por las inmensidades de las llanuras y no podía concebir su número, sino su tamaño, derramó lágrimas porque, en cien años, de tanta juventud no quedaría nadie. Y sin embargo, ese mismo que lloraba iba a acelerarles su destino y a aniquilar a unos en el mar, a otros en tierra, a unos en una batalla, a otros en una desbandada, y en poco tiempo iba a exterminar a aquellos para quienes temía cien años. ¿Qué hay de que incluso sus alegrías son intranquilas? Pues no se basan en motivos consistentes, sino que las perturba la misma ligereza

de la que brotan. Ahora bien, ¿cómo piensas que son sus momentos infelices, también según propia confesión, cuando incluso estos en que se exaltan y se alzan por encima del hombre son poco naturales? Los mayores bienes son intranquilos y en ninguna suerte se confía menos que en la mejor: para preservar la prosperidad hace falta más prosperidad, y hay que hacer votos por los votos mismos que han salido bien. Pues todo lo que nos toca por casualidad es inestable y cuanto más alto se remonta, más expuesto está a la caída; y el caso es que a nadie complacen las cosas que van a caer; luego es lógico que sea infelicísima, no sólo cortísima, la vida de los que se procuran con gran trabajo cosas que poseen con otro aún mayor. Laboriosamente logran lo que quieren, angustiosamente tienen lo que han logrado; entre tanto, no se hace ninguna cuenta del tiempo que nunca más ha de volver: nuevas ocupaciones sustituyen a las antiguas, la esperanza despierta más esperanzas, más ambiciones la ambición. No se busca el fin de las desgracias, sino que se modifica el motivo. Nuestros cargos nos han hecho sufrir: más tiempo nos quitan los ajenos; hemos dejado de afanarnos como candidatos, empezamos a hacerlo como electores; hemos desecharido los disgustos de ser acusadores, nos encontramos con los de ser jueces; ha dejado de ser juez, es instructor; ha envejecido en la administración asalariada de bienes ajenos, se ve retenido por sus caudales propios. La sandalia ha dejado ir a Mario, ejerce el consulado. Quincio tiene prisa por pasar su dictadura, lo reclamarán de su arado. Marchará contra los cartagineses, inmaduro aún para tamaña empresa, Escipión; vencedor de Aníbal, vencedor de Antíoco, honra de su consulado, fiador del de su hermano, si no hay por su parte oposición, se verá situado junto a Júpiter: las revueltas civiles sacudirán a este salvador y, tras unos honores iguales a los divinos que aborreció de joven, ya anciano lo complacerá el anhelo de un altivo destierro. Nunca faltarán motivos de inquietud felices o malaventurados; la vida irá pasando entre quehaceres; el ocio nunca se practicará, siempre se deseará.

Así pues, aléjate del montón, querido Paulino, y retírate por fin, después de que te has visto zarandeado no en proporción a tu edad, a un puerto más tranquilo. Piensa cuántas olas has soportado, cuántas tormentas, en parte particulares has sufrido, en parte públicas has atraído sobre ti; bastante se ha manifestado ya tu virtud en modelos de trabajo y dedicación: prueba a ver qué hace en el ocio. La mayor parte de tu vida, la mejor sin duda, la has consagrado a la política: toma también algo de tu tiempo para ti. Y no te invito a un descanso apático e indolente, ni a que ahogues cuanto en ti hay de temperamento vivaz en el sueño y los placeres caros al vulgo: eso no es

descansar; encontrarás tareas más importantes que todas las que hasta ahora has realizado esforzadamente, que podrás desempeñar retirado y tranquilo.

Ciertamente tú llevas las cuentas del orbe de las tierras tan desinteresadamente como ajena, tan cuidadosamente como tuyas, tan concienzudamente como estatales; te ganas el afecto en un cargo en el que es difícil evitar el odio; pero con todo, créeme, es mejor sacar las cuentas de la vida de uno que las del trigo público. Esos bríos de tu espíritu, perfectamente capaces de las mayores empresas, desvíalos de una función honrosa, por supuesto, pero poco adecuada para una vida feliz, y piensa que tú, desde tus primeros años, con todo tu estudio de los saberes liberales no perseguías que te encomendaran confiadamente tantos miles de medidas de trigo: algo más grande y más elevado hacías esperar de ti. No faltarán hombres de una escrupulosa integridad y, además, de una minuciosa dedicación: para llevar peso son mucho más adecuadas las lentes acémilas que los nobles corceles, cuya majestuosa ligereza ¿quién la ha oprimido alguna vez con un pesado fardo? Piensa además cuántas preocupaciones te supone ponerte bajo una carga tan abrumadora: tienes que vértelas con el estómago de los hombres; ni se pliega a la razón ni se apacigua con la equidad ni se ablanda con ningún ruego el pueblo cuando tiene hambre. Hace bien poco, en los días en que murió Gayo César (disgustadísimo, si es que a quienes están bajo tierra les queda algún sentimiento, al ver que le sobrevivía el pueblo romano y sobraban víveres para siete u ocho días cuando menos), mientras él tendía puentes de barcos y jugaba con las fuerzas del imperio, se presentó la que también para quienes están sitiados es la última de las calamidades, la escasez de alimentos. Por poco no desembocó en muerte y hambre y lo que sigue al hambre, la destrucción de todas las cosas, esa emulación de un rey demente y extranjero y vanidoso para su desdicha. ¿Qué actitud adoptaron entonces aquellos a quienes estaba encomendada la administración del trigo público, a punto de exponerse a las pedradas, al hierro, al fuego, a Gayo? Con mucho disimulo ocultaban tan gran desgracia escondiéndola en sus corazones, con razón, por supuesto; pues algunos trastornos hay que curarlos sin que se den cuenta los enfermos: para mucha gente la causa de su muerte ha sido enterarse de su enfermedad.

Refúgiate en estos asuntos más sosegados, más seguros, más importantes. ¿Piensas tú que cuidarte de que el trigo se traspase a los graneros sin merma por engaño o negligencia de los transportistas, de que no se estropie y fermenté por la humedad que haya cogido, de que responda a la medida y el peso, es comparable a participar en estos asuntos sagrados y sublimes,

dispuesto a saber cuál materia es la del dios, cuál su voluntad, cuál su esencia, cuál su forma, qué destino aguarda a tu espíritu, dónde nos pone la naturaleza cuando nos liberamos de nuestros cuerpos, qué es lo que retiene en el medio las cosas de este mundo más pesadas, sostiene por encima las ligeras, lleva el fuego a lo más alto, pone en movimiento los astros en su turno correspondiente, en fin, lo demás lleno de maravillas infinitas? ¿Quieres tú, desentendiéndote de la tierra, mirar con la mente hacia eso? Ahora, mientras está caliente tu sangre, en la plenitud de tus fuerzas, has de encaminarte a cosas mejores. Te aguardan en este género de vida muchos buenos conocimientos, el apego y la práctica de las virtudes, el olvido de las pasiones, la ciencia de vivir y de morir, el profundo sosiego de las cosas.

La situación de todos los atareados realmente es lamentable, pero mucho más lamentable la de los que ni siquiera se afanan en sus tareas propias, duermen conforme al sueño de otros, andan conforme al paso de otros, el amar y el odiar, los actos más libres de todos, les son impuestos. Éstos, si quieren saber hasta qué punto es corta su vida, que piensen en qué proporción es suya.

Así pues, cuando veas su pretexts ya ostentada en ocasiones frecuentes, su nombre célebre en el foro, no los envides: eso lo alcanzan con perjuicio de su vida. Con tal de que un solo año se numere por su nombre, echarán a perder todos sus años. A algunos, antes de que ascendieran a la cima de su ambición, los ha abandonado la vida en los preliminares de la lucha; a otros, cuando habían trepado a la más alta dignidad gracias a mil indignidades, les ha venido el funesto pensamiento de que han trabajado para el epitafio de su tumba; la extrema vejez de otros, mientras se apresta a nuevos proyectos, como en su juventud, ha fallado, impotente, en medio de unos empeños excesivos y porfiados. Penoso, aquel a quien ha abandonado su espíritu cuando, bien entrado en años, <exponía> en un juicio sus conclusiones a favor de unos litigantes absolutamente desconocidos y buscaba la aprobación de una concurrencia inexperta; vergonzoso, aquel que, cansándose más pronto de vivir que de trabajar, ha desfallecido en el ejercicio de sus funciones; vergonzoso, aquel de quien, al morir mientras le rinden cuentas, se burla su heredero largo tiempo defraudado. No puedo dejar de referir un ejemplo que me viene a las mientes. Sexto Turanio fue un anciano de cumplida laboriosidad que, pasados los noventa años, como había recibido de Gayo César la orden de jubilarse como procurador, mandó que lo pusieran en la cama y que la familia a su alrededor lo llorara como difunto. Estaba la casa de duelo por la cesantía de su anciano dueño y no puso fin a su tristeza

hasta que le fueron restituidas sus funciones. ¿Hasta tal punto es un gusto morir atareado? Idéntica actitud tienen los más: su deseo de trabajar les dura más que su capacidad; luchan contra el debilitamiento de su cuerpo y la vejez misma no la juzgan penosa por ningún otro motivo más que porque los relega. La ley deja de reclutar soldados a partir de los cincuenta años, de convocar a los senadores a partir de los sesenta; los hombres consiguen de sí mismos el retiro con más dificultad que de la ley. Entre tanto, mientras son arrastrados y arrastran, mientras uno interrumpe el reposo de otro, mientras mutuamente se hacen desdichados, su vida resulta sin provecho, sin placer, sin ningún progreso del espíritu: nadie tiene presente la muerte, nadie deja de concebir proyectos a largo plazo, algunos hasta organizan incluso lo que está más allá de la vida, las grandes moles de sus tumbas y las inauguraciones de obras públicas y las ofrendas junto a la pira y unas exequias suntuosas. Pero, por Hércules, sus funerales, como si hubieran vivido poquísimo, a la luz de antorchas y cirios han de marchar.